

ANGELA SELKE. *El Santo oficio de la Inquisición. Proceso de Fray Francisco Ortiz*. Madrid, Guadarrama, 1968. 402 págs.

Angela Selke está familiarizada con los temas concernientes a la heterodoxia española del siglo XVI. En trabajos anteriores al que hoy nos ocupa estudió las figuras del bachiller Antonio de Medrano, del doctor López de Illescas, de Lope de Celaín, y aportó nuevos e interesantes datos sobre los primeros alumbrados. En este libro analiza detenidamente el proceso de Fray Francisco Ortiz y sus relaciones con Francisca Hernández. Ambas figuras eran conocidas, aunque deficientemente, desde que Boehmer publicó, en 1865, su libro titulado: "Francisca Hernández und Frai Franzisco Ortiz. Anfänge Reformatorischer Bewegungen in Spanien unter Karl V". Siguiendo las huellas de Boehmer —cuya obra nunca se tradujo al castellano— retomaron el tema Henry Charles Lea, el jesuita Bernardino Llorca y el P. Meseguer Fernández, entre otros. Después de la monumental obra de Bataillon, que delimita precisamente los movimientos erasmistas e iluministas, se hacía necesaria una revisión total del proceso que, en su época, fue "causa célebre".

Fray Francisco Ortiz no es procesado por iluminista, ni por erasmista; ni siquiera lo es "sensu stricto" por motivos relacionados con materia de ortodoxia. El drama de este franciscano, "monarca de los predicadores", tiene, como en seguida veremos, un origen distinto, aunque el temple de su espíritu y su talante religioso le aproximen a las desviaciones iluministas. Fray Francisco expresa una nueva sensibilidad religiosa que ni fue captada por sus jueces, ni él mismo llegó a racionalizar plenamente. He aquí el primer factor que contribuye a aumentar el dramatismo del proceso. En su pensamiento religioso hay algo "inefable"; algo tan íntimamente subjetivo que no puede ser objetivado: es el testimonio de la propia conciencia.

Un segundo factor interviene en contra del procesado y es, probablemente, más influyente de lo que los documentos permiten sospechar. Me refiero a su calidad de cristiano nuevo. El P. Ortiz procedía de una familia de conversos y, ni su piedad sincera, ni sus éxitos en el púlpito, borran un estigma social de esa naturaleza. Hay hacia él suspicacia y desconfianza. Sus rasgos psicológicos, por otra parte, denuncian bien claramente su origen judío y habían de chocar, sin duda, con los de sus compañeros y jueces. Para la mentalidad del cristiano viejo, el P. Ortiz era extraño, complicado y, en cierto modo, desasosegante. En él se aprecia la angustiada inseguridad que late en el alma judía; el inconformismo y disgusto consigo mismo, sentimiento ambivalente de orgullo e inferioridad que le llevó —y el dato es importante— a un temprano intento de suicidio. Hay también en el P. Ortiz una cierta complacencia en sus propias desgracias. De aquí surge su fuerza interior y su capacidad de resistencia a las violencias externas.

El tímido P. Ortiz desafiará desde el púlpito de S. Juan de los Reyes de Toledo a las autoridades eclesiásticas y al Inquisidor General. Les acusa en nombre de Dios de haber cometido gravísima injusticia al detener a Francisca Hernández. Este es el comienzo —novelesco comienzo— de su largo proceso.

La Inquisición tenía sobrados motivos para detener a aquella beata que era sospechosa, tanto por su piedad infrecuente y extraña, como por su conducta privada y sus amistades poco recomendables. Para Fray Francisco era, en cambio, un ser maravilloso que le había enseñado el verdadero camino de perfección. A ella debía, según propia confesión, la doctrina de sus tan celebrados sermones, su bienestar espiritual y sus más puras y profundas experiencias religiosas.

Fue, pues, su obstinada y quijotesca defensa de la beata la causa de un proceso que —por las razones apuntadas— se complica cada vez más. El padre Ortiz no admitía argumentos ni evidencias. Creía solamente en lo que su conciencia le dictaba. Para él era Francisca “carísima esposa de Cristo” y su “madre espiritual”. De la persecución a Francisca se seguía la persecución a Cristo y a él mismo. De su defensa, por tanto, la defensa de Cristo y de su íntima religiosidad. El P. Ortiz llega, paradójicamente, a convertirse en juez y acusador de sus jueces. El conflicto estriba, en último término, en el choque de la experiencia interna del P. Ortiz con la objetividad probada con datos y documentos que esgrimen los inquisidores. Lo que el obstinado franciscano pone en tela de juicio es, ni más ni menos, que la teoría del conocimiento de Dios. Frente al conocimiento racional (teológico) invoca la vía mística de la experiencia interna. De aquí que su postura coincida, en más de un punto, con el iluminismo y con todas las corrientes de renovación espiritual de la época.

* * *

Angela Selke ha sabido seguir paso a paso las incidencias de este proceso, manejando con exquisita pulcritud las fuentes originales. “Creemos —escribe la autora— que este proceso es valioso por sí mismo como documento que apenas necesita interpretación. Pero sí requiere a causa de los vínculos que tan íntimamente ligan la suerte del famoso predicador con la de otras víctimas u otros testigos de varios procesos diferentes, la compilación de datos suplementarios extraídos de éstos, sin cuyo conocimiento no se entenderán del todo los sucesos y significado de este proceso. Por tanto, el método que hemos adoptado es presentar, en una primera parte de nuestro trabajo, un estudio biográfico de las principales figuras y un resumen del proceso, en el que los antecedentes y sucesos fundamentales se analizan a base de datos que se hallan dispersos en todos los procesos de dicho período que conocemos. Después, seguimos todas las fases del largo proceso, reproduciendo textualmente, con sólo un mínimo de interpretación analítica, sustanciales pasajes de sus actas.”

Y efectivamente; Angela Selke ha logrado un relato fresco, vivo, modelo de claridad y limpieza, exento de pedantería, de observaciones impertinentes y de vana ostentación erudita. La autora presenta a las figuras protagonistas; guía al lector a través de las complicadas incidencias del proceso y del ambiente en el que se desarrolla con magistral sobriedad. Justo es señalar la intachable objetividad de este estudio. Ningún prejuicio, ningún juicio apresuradamente emitido empañan la serenidad de estas páginas.

* * *

Este trabajo, modelo en su género, nos permite vislumbrar la compleja trama, tan rica en matices, sobre la que se tejen las heterodoxias españolas del XVI. Su conocimiento es indispensable para penetrar en los entresijos de la época. Creemos con la autora que: "ninguna obra literaria de la época —crónica, tratado espiritual, poesía o drama— podría transmitir en síntesis tan natural la vida interior, espiritual, y la vida externa de cada día, como ese coro de reos, testigos de cargo y abono, inquisidores y fiscales, que aparecen ante el Tribunal del Santo Oficio cual figuras de un retablo. Esos frailes y clérigos, esas beatas revelanderas, esos bachilleres graves profesores, intelectuales casi todos del linaje de los conversos, y esas gentes del pueblo, "cristianos viejos", artesanos, campesinos y criados, son personas reales que surgen para defenderse o acusar; que dicen verdad en medio de mentiras y que revelan con inocencia o con malicia, con frases bien articuladas o crudas palabras, lúcida o confusamente, sus deseos y temores más íntimos, creencias y dudas, fe e inseguridad. Siendo en su mayor parte gente anónima, de cuya existencia jamás nos hubiéramos enterado sin los procesos inquisitoriales, todo cuanto dicen esos personajes, o todo cuanto dicen que otros dijeron o hicieron (lo cual se registra palabra por palabra y con repeticiones infinitas por el escribano del S. Oficio) constituye un testimonio de fuerza evocadora insuperable".

Este tipo de trabajos, además de introducirnos en lo más palpitante y vivo de la época, nos ofrecen peripecias intelectuales que son, en algunos casos, auténticas aventuras del espíritu humano, tan sugestivas y atrayentes como puedan serlo las especulaciones científicas o filosóficas y las creaciones artísticas. La Historia de la Heterodoxia —y no la simple historia de los heterodoxos—, el análisis de sus motivaciones sociológicas —y no puramente individuales— es un capítulo de la Historia General poco explorado. Por ello son especialmente útiles todas las contribuciones a esta exploración, máxime si reúnen, como en el caso que ahora comentamos, a una perfección formal, el interés objetivo del tema.

SANTIAGO MELÓN FERNÁNDEZ

GEORGES MOUNIN. *Historia de la Lingüística desde los orígenes al s. XX*. Ed. Gredos, 1968.

Hjelmslev, en su último libro publicado en castellano ["El lenguaje", Gredos 1968], escribe: "La ciencia del lenguaje o *lingüística* ha tenido —como todas las ciencias— períodos clásicos y períodos críticos: períodos clásicos en